

Isidoro, y el otro de *Santa María Magdalena*. De este modo nunca faltaron al carácter religioso y al espíritu de nacionalidad las primeras producciones de nuestra lengua. Con las convulsiones de los tiempos, ni menguaba su fuerza, ni mudaban de objeto. El amor á la religion, la obediencia á la Iglesia, la fidelidad al rey, el espíritu guerrero, la sencillez primitiva, el heroismo y el gusto por lo maravilloso, esto se encuentra en todas partes: se invoca el nombre de Dios al empezar una estancia caballerisca como al empezar la *Vida de Santa María Egipcíaca*, ó la *Adoracion de los Santos Reyes* (1). Este espíritu de unidad es lo que nos ha hecho tan fuertes y poderosos. El sentimiento religioso y patriótico nos dió la originalidad; la guerra, los héroes; el aislamiento, la independencia; Dios, el cielo, la tierra, y una gloriosa historia, que ayudando á la exaltacion de todos los afectos, ha dado á los españoles la imaginacion creadora, á cuyo enérgico impulso se pronunció con muy vivas señales nuestro carácter nacional. Dígase ahora si un pueblo que invadido rechaza la invasion; que disuelto se constituye; que constituido se robustece, se afianza y se arroja á la conquista; que descubre un nuevo mundo y lo sujeta á la corona de una gran monarquía; que cuenta entre sus provincias el Portugal, la Sicilia y la Cerdeña y el territorio de Flandes; que estiende su dominio desde las playas de Africa hasta las riberas del Danubio; que envia soldados, embajadores, literatos y misioneros de los puertos de Cádiz, Lisboa, Nápoles, Venecia y Amberes, para dar al mundo la paz ó la guerra, y á los pueblos no civilizados la religion del

(1) Todas las composiciones citadas en este capítulo, están en la *Coleccion de poesías anteriores al siglo XV*, que publicó á fines del pasado el erudito D. Tomás Sanchez.

Evangelio y el cultivo de las letras, y se verá cómo nuestra literatura ha sido, es y será siempre la expresion de nuestro estado social, político y religioso, y no como algunos han supuesto, el reflejo de otras literaturas y otras civilizaciones (1).

Dejando aparte mayores noticias, que harian demasiado prolija esta digresion (2), nos encontramos á principios del siglo XV, época en que la lengua castellana, por diversas causas, adquiere nueva vida, se hace mas sonora, mas dulce y flexible, augurando el brillante periodo en el cual aparecen los grandes oradores, de que desde luego vamos á ocuparnos con la posible estension.

ESCUELA MÍSTICA ESPAÑOLA.

En medio de las contrariedades que á cada paso interrumpen la marcha del escritor, de los sinsabores que lleva consigo aceptar sobre sí la difícilísima tarea de redactar un libro, hay momentos de suprema complacencia que alientan, que hacen olvidar la indiferencia del público y el desden de la crítica; momentos en los cuales, despues de haber leído y meditado, despues de haber reunido datos, documentos y precedentes de reconocida autoridad, lo mas acertado, lo mas ventajoso es prescindir de las trabas que en estudios sérios contienen la imaginacion, y dejar al alma que acaricie y mantenga por algunos instantes en toda su fuerza las gratas impresiones que acaba de recibir.

Nuestra escuela mística española es una de las glorias

(1) Señor Garnica.

(2) Véase á Capmany y á los autores citados.

mas legítimas, uno de los motivos mas fundados de nuestro orgullo nacional. Justamente apreciado en nuestros dias el gran mérito de los grandes escritos españoles del siglo XVI, reconocida por propios y estraños la originalidad de sus composiciones y su influencia en la literatura de los demás pueblos, ya nos es dable respirar libremente en esa atmósfera impregnada de agradabilísimos perfumes, y recoger las enseñanzas de aquellos sublimes maestros, que á raiz misma del desarrollo de nuestra lengua supieron legarnos obras dignas de ser imitadas y cautivar nuestra atencion.

Si hubo algun siglo, dice Tiraboschi, en que la Iglesia hubiese menester de teólogos doctos, fué sin duda el siglo XVI; opinion que nos parece el mayor elogio que puede hacerse de los grandes talentos españoles de esta época, toda vez que por entonces en parte alguna se cultivaron las ciencias eclesiásticas, la teología y sagradas letras como en nuestra pátria, cuyo engrandecimiento data del reinado de los Reyes Católicos, y en la parte científica, de la fundacion de la célebre universidad de Alcalá.

Antes que en España, se comenzó á sentir en Italia el movimiento literario que caracteriza el período histórico que nos ocupa; pero en Italia el renacimiento se inicia en otra forma, con tendencias profanas, mas que teológicas y científicas, al contrario de lo que sucede entre nosotros. Nuestros mas esclarecidos ingenios se aplicaron á la inteligencia de las lenguas sábias, al estudio de los libros sagrados en sus fuentes, y á desmentir la falsa jactancia de los novadores, que se conceptuaban capaces sin estos elementos para esplicar las sagradas letras. En tan importantes trabajos se distinguió en primer término el gran Cardenal Cisneros, una de las figuras mas simpáticas,

mas ilustres de la Iglesia, y á quien se debe la famosa Poliglota, presente oportunísimo hecho á Leon X, cuando era mas necesario para la defensa de la verdad.

El concilio de Trento, de gloriosa y eterna memoria para la cristiandad, que es en realidad la época afortunada del restablecimiento de los estudios sagrados y de la disciplina, halló al sacerdocio español preparado, merced á los trabajos de hombres ilustres, de que no podemos menos de hacer una ligerísima indicacion. Aquella famosa asamblea vino á ser no solo una prueba del poder de la Iglesia, sino «un teatro clarísimo en que todas las naciones dieron muestras de su valor literario.» Los españoles Pedro Pacheco, Obispo de Jaen; Guerrero, Arzobispo de Granada (muy aplaudido por Palavicini); y Martin Perez de Ayala, Obispo de Segovia, se señalaron por su saber en este concilio; Antonio Agustin, Diego Cobarubias, Francisco de Vargas y Mendoza, como jurisperitos; Alfonso Salmeron, Pedro Soto, Diego Laynez, Francisco Torres y Gaspar Carrillo de Villalpando, como teólogos pontificios, y á mas de estos, otros que pudiéramos enumerar, como Vega, Carvajal, Medina, Santo-Tis, Juan de Burgos, Ortola y Vileta, á los cuales debemos añadir como anteriores, contemporáneos ó próximos al concilio, á Francisco Victoria, restaurador de los estudios teológicos, á Juan de Medina, muy alabado por Matamoros, á Cipriano de la Huerta y su discípulo Pedro de Fontidueña, á Bartolomé Carranza, Beneto, Melchor Cano, Araujo, Molina, Nebrija, Luis Vives, Suarez, Vazquez, Valencia, Diego Lopez de Zúñiga, Arias Montano, Sotomayor, Lugo Sepúlveda, Maldonado, Chacon, Mariana, Saá, Perera, Toledo, Pás, Osorio, Pineda... pleyade insigne, capaz de ilustrar muchos siglos, que reunida constituye un

verdadero prodigio de erudicion, de talento, de que nacion alguna se puede vanagloriar.

El idioma formado, rico, flexible, magestuoso y lleno de armonía; la imprenta, auxiliar poderoso del saber humano; el nuevo mundo abriendo anchos horizontes á la fé cristiana y á la actividad de los hombres; la paz conquistada á fuerza de grandes sacrificios; la poesía cultivada con ardor; las artes de la paz protegidas y premiadas; el sentimiento religioso fuertemente arraigado y libre en sus manifestaciones; todo contribuye al gran apogeo de la literatura española y al engrandecimiento de la escuela mística, de profundos pensamientos, hermosas formas y relevantes virtudes.

Detengámonos ya en sus mas legítimos y esclarecidos representantes, contemplemos sus obras, de trascendental influencia en la oratoria sagrada, cuyo período mas glorioso en España es el siglo XVI.

En nuestra patria se supieron combinar en la época que nos ocupa, la elegancia, la erudicion, la critica y todos los estudios profundos, sin desvirtuar, antes bien contribuyendo á restablecer la pureza del dogma, y haciendo servir á un mismo tiempo á la causa de la religion, las letras divinas y las ciencias humanas. Mientras en otros países la verdad era menospreciada ó perseguida; mientras Alemania, Polonia, Francia é Inglaterra nos presentan un cuadro desgarrador, España disfruta de un cielo tranquilo y sereno, que se nubla pronto; pero cuyo recuerdo es suficiente hoy para reanimar nuestro abatido espíritu, y sentir renacer en nuestro corazon la esperanza de dias mas venturosos que los presentes, á no ser que los enemigos constantes del progreso humano consigan destruir en un solo instante, con nuestras glorias y mas estima-

bles tradiciones, el lazo misterioso del pasado y del porvenir. Si es cierto que no hubo por entonces grandes enemigos interiores que combatir, nuestros ilustres predecesores, los hijos de España, no estuvieron ociosos y trabajaron con ardor aun en países estraños, dilatando el imperio católico y llevando el estandarte de la fé á climas lejanos de Oriente y de Occidente (1). Por entonces publicaron los españoles diversos catecismos en lengua etiope, caldea y siríaca. Andrés de Oviedo compuso un docto libro de *Romanæ Ecclesie primatu* en lengua etiópica. Antonio Fernandez, de *Erroribus ætiopum*. Luis Caldeira tradujo en el mismo idioma el Nuevo Testamento y escribió otras obras. El catalán Francisco Ros, Arzobispo de Cranganore, vertió en caldeo el Misal, Breviario y Ritual Romano, con otros libros sagrados; en siríaco, la Forma de administrar los Sacramentos; y un Catecismo en malabar. A mas de estas, se dieron á luz otras muchas obras, Gramáticas, Diccionarios y libros religiosos en varias lenguas, compuestas por Diego Collado, Gaspar Villela, Luis Sotelo, Eduardo de Silva, Pedro Gomez, Francisco Diaz, Juan Morales, Martin de Bada, Raimundo del Valle, Diego de Rivero, Gaspar de San Miguel, Pedro Sanchez de Aguilar y Pedro Suarez Escobar, todos ellos muy elogiados por D. Nicolás Antonio.

Al dignarse el cielo derramar nueva luz sobre los pueblos cristianos, que les descubriese el casi perdido camino de la piedad y la devocion, fué España la preferida para tan honrosa empresa, llegando á ser los ilustradores de todo el mundo, Santo Tomás de Villanueva, San Ignacio de Loyola, San Juan

(1) Véase á D. Nicolás Antonio, *Bibliot. nov. pref.*; Lampillas, *Ensayo histórico-apologético de la literatura española*, tomo IV; á Masdeu, *Hist. crit. de Esp.*, tomo XVI; al P. Florez, obra citada; á Mariana, *Hist. de Esp.*

de la Cruz, Santa Teresa de Jesus, Juan de Avila, Luis de Granada, Luis de la Puente, Alfonso Rodriguez, Diego Estrella y otros cuyos escritos, llenos de claridad celestial, se esparcieron luego por todas las naciones de Europa, se tradujeron en todas las lenguas y se consideraron como reglas seguras para conseguir la mas importante de todas las ciencias, la ciencia de la salvacion. Cuanto se ha escrito despues en esta materia, no solo no ha escedido el mérito de aquellos santos y doctos españoles, sino que ni le ha igualado. La fama que adquirieron sus apreciabilisimas obras se conserva al presente, siendo estudiadas con gran ardor por cuantos aspiran al conocimiento de la literatura cristiana, que nosotros estudiamos esclusivamente en este libro en una de sus mas importantes manifestaciones.

El Maestro Alejo Venegas.

Alejo Venegas nació en Toledo, segun la opinion mas autorizada, hácia el año 1500; se educó en la universidad literaria de esta ciudad; compuso la mayor parte de sus obras antes de 1545, época en la cual leyó teología en las mismas aulas que le habian visto dar sus primeros pasos y contribuido á enriquecer su despejado ingenio.

Pertenece á este escritor disertó y de ningun otro aventajado en la elegancia del decir (1), la gloria de haber contribuido á la formacion de los oradores místicos, para quienes «las severas meditaciones sobre la muerte, la eternidad de las penas y la fealdad del pecado, fueron el principal y poco menos que el esclusivo asunto de sus patéticas exhortaciones (2).»

(1) D. Nicolás Antonio: *Bibliot. nov.*

(2) Señor Garnica.

Todos los autores contemporáneos de Venegas se muestran unánimes aplaudiendo su erudicion, su virtud y su nobleza: Capmany, con la severidad de que hace demasiado alarde, dice que fué á manera de abeja artificiosa, que de las flores de la Sagrada Escritura, SS. Padres y antiguos Doctores, sacó gran dulzura espiritual, reduciendo su mérito y alabanza á hacer de él, mas bien que un elegante escritor, un *docto y pítisimo* compilador.

Por nuestra parte, no creemos justa la critica de Capmany. En *La agonía del tránsito de la muerte*, que es la obra mas notable de este escritor (1), hallamos trozos de una naturalidad encantadora, y no desprovistos de belleza y entonacion. Muchas de las observaciones que hemos hecho al tratar de varios predicadores de la edad media, son aplicables á los escritos de Venegas, que se resienten de prolijidad y repeticiones frecuentes, de ideas demasiado familiares y de comparaciones estrañas á la elevacion del asunto á que se refieren; pero Venegas se dejaba llevar del gusto de la época, para hacer mas populares sus escritos y producir mayores frutos de salvacion.

Autores que poseian un caudal de conocimientos tan estensos como Venegas, no podian desconocer muchos de sus propios defectos; el no remediarlos consistia en las exigencias de la época en que hablaban ó escribian.

De Venegas se conservan otras obras, entre las que merecen citarse, *La diferencia de libros que hay en el universo*, dada á luz por primera vez en Toledo el año 1546, y reimpressa despues en Madrid, Salamanca y Valladolid, y la

(1) Impresa en Alcalá de Henares, año 1568, reimpressa en Valladolid en 1583.

Plática de la ciudad de Toledo á sus vecinos afligidos, que Fr. Rodrigo Yepes dió á luz en union de sus obras en 1583.

V. Juan de Avila.

El V. Maestro Juan de Avila nació en Almodóbar del Campo el día 6 de Enero del año 1500, siendo sus padres Alonso de Avila y Catalina Chicon, pertenecientes ambos á una de las familias mas principales y acomodadas del país. A la edad de catorce años enviaron á Juan á la universidad de Salamanca para que estudiase el derecho; pero convencidos mas tarde de la verdadera vocacion de su hijo, le permitieron que abrazase la carrera eclesiástica, á cuyo efecto, y por consejo de un religioso francisco, pasó á Alcalá, donde terminó con gran aprovechamiento sus estudios, habiendo sido su maestro el célebre Fr. Domingo de Soto.

Por este tiempo, los padres de Juan de Avila habian fallecido, y deseando tributarles un homenaje digno de su cariño, cantó su primera misa en el templo en que descansaban sus cenizas, aprovechando un pretesto tan natural para invertir la suma que debía destinarse á fiestas y regocijos en obras de caridad.

Juan de Avila habia nacido para el púlpito; á la cátedra de la verdad le inclinaba su fervor religioso y su amor á Jesucristo; por lo cual, poniendo en práctica nuevos propósitos de perfeccion, determinó abandonar la Europa y llevar la luz del Evangelio á las regiones de América; con este objeto distribuyó entre los pobres su rico patrimonio, y solicitando la proteccion del primer Obispo de Tlascala, que se dirigia á Méjico, se dispuso á partir para tan lejanas tierras. Un venerable sa-

cerdote de Sevilla, llamado Fr. Fernando de Contreras, hombre de virtud extraordinaria, sintiendo que España perdiese á tan esclarecido talento y á varon tan ilustrado, intentó disuadirle, y hasta logró que interpusiera su autoridad para conseguirlo el M. R. Señor Arzobispo de Sevilla, D. Alfonso Manrique.

Cediendo á las indicaciones de este Prelado, Juan de Avila abandonó su proyecto, y Andalucía no tardó en recoger el fruto de su fervorosa predicacion. Concluido el primer sermon, que por encargo del Arzobispo pronunció en la colegiata de San Salvador el día 22 de Julio de 1529, fueron tantos los fieles que corrieron á reconciliarse con Dios, que á juicio de muchos no se hubiera podido esperar mas de una larga mision. Fervor y entusiasmo en el decir, gracia en el estilo, fecundidad maravillosa, y un modo de argüir concluyente y decisivo, fueron los dones que mas distinguieron al V. Avila desde un principio en el sagrado ejercicio de la enseñanza de la verdad. Prevenido con tales dones, nutrido con tal doctrina, devorado por su celo y enterado de los vicios que mas dominaban á los hombres, se dedicó con tal eficacia á combatirlos, que el R. Obispo de Leon, D. Francisco de Terroñes, escribia en su *Arte de predicar*: «Hemos conocido en nuestros días al P. Maestro Juan de Avila, el cual, predicando, *metia propiamente el fuego* en las estrañas de sus oyentes.»

La fama de sus virtudes, y especialmente el acierto con que combatia los vicios de las clases acomodadas, le atraieron sérios disgustos y persecuciones, habiendo sido denunciado al tribunal de la Inquisicion como maestro y propagador de doctrina *poco sana*; razon por la cual estuvo encarcelado mientras se siguió el proceso y se demostró, como no podia

menos de suceder, que habia sido víctima de una inicua trama, siendo declarado inocente por unanimidad de votos y puesto en libertad. Esta honrosa decision fué mas tarde confirmada por el Pontífice Benedicto XIV, cuando se trató de la beatificación y canonización del P. Avila, declarando S. S. en Breve de 3 de Abril de 1742, que «lejos de quedar con aquel hecho ofuscado en parte alguna el resplandor de las virtudes de tan santo varon, jamás desde entonces parecieron mas bellas y luminosas.»

Nunca quiso el P. Avila admitir los beneficios eclesiásticos que se le ofrecían, ni presentarse en la corte, á pesar de las instancias de personas de muy alta categoría, deseosas de admirar sus virtudes y oír su palabra. Sevilla, Córdoba, Granada, Ecija, Jaen y otros muchos puntos de Andalucía y Estremadura fueron el teatro de sus trabajos apostólicos. En Córdoba, presa entonces de la corrupción mas espantosa, abrió escuelas públicas, logró que los Padres de la Compañía de Jesus se encargasen de la educación de los jóvenes, y aprovechando la ocasión de celebrarse un sínodo diocesano, acometió la empresa de la reforma de las costumbres del clero. En Granada ejerció su celo en la fundación de un nuevo seminario para la educación de los eclesiásticos, de una casa para enseñanza de los niños, y del monasterio de la Encarnación, costeado por doña Isabel Dávalos, siendo asimismo en esta ciudad donde por sus consejos se decidió San Francisco de Borja á abandonar el siglo, cuando encargado por el emperador Carlos V de conducir á Granada el cadáver de la emperatriz doña Isabel, vió su rostro, que habia sido de notable hermosura, convertido en un hervidero de gusanos, y allí tambien alcanzó la célebre conversión de San Juan de Dios. Aconsejó

á San Ignacio de Loyola en varias ocasiones sobre asuntos de la Compañía, y demostró de un modo concluyente la perfección y virtudes de Santa Teresa de Jesus, así como la realidad de sus éxtasis divinos, al mismo tiempo que confundía y perseguía á multitud de hipócritas que fingían apariciones sobrenaturales.

Sus continuas tareas y trabajos hicieron que á la edad de cincuenta años empezara á padecer penosas enfermedades, que le detuvieron otros diez y siete en Montilla pasando grandes trabajos, hasta que en 10 de Mayo de 1569 falleció en Priego á los 70 años de edad y 45 de su apostolado. Su cuerpo fué trasladado á la iglesia de la Compañía de Jesus y colocado en una preciosa urna de mármol, que á sus espensas mandó labrar D. Mateo Vazquez Leca, Arcediano de Carmona y Canónigo de Sevilla.

No obstante lo mucho que predicó el P. Juan de Avila, sus sermones han quedado perdidos para nosotros, pues ninguno dejó escrito, siendo todos improvisados. Las obras que han quedado de él son: 1.º El tratado del salmo *Audi filia et vidi*, etc. 2.º Las *Cartas espirituales*. 3.º Veinte y siete *Tratados* del Santísimo Sacramento, dos *Pláticas á los sacerdotes*, y se dice que dejó inéditas dos preciosas obras, una sobre la *Reforma del estado eclesiástico* y la otra *Notas al concilio de Trento*.

De todas estas obras, la primera es donde resplandece la mayor gravedad del idioma castellano y la mayor fuerza de la patética y elevada elocuencia del autor: en sus Cartas hay gran sencillez; si bien deleita y satisface con la verdad y fuego con que escribe, por cuya razón es á veces algo desaliñado y familiar, incurriendo en repeticiones y en cierta languidez; pero á pesar de estos defectos, hijos de la precipita-